





Newton Compton Editores

Título original: *The Little Teashop in Tokyo*

© 2020, Julie Caplin. Publicado por primera vez en Gran Bretaña en formato *ebook* por HarperCollinsPublishers.

© 2024, de la traducción por Silvia Guillén Macías

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: septiembre de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)

[www.newtoncomptoneditores.com](http://www.newtoncomptoneditores.com)

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-10080-54-6

Código IBIC: FA

DL: B 8.171-2024

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Javier Sánchez Meco

Impreso en septiembre de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

Julie Caplin

# La pequeña tetería de Tokio

Traducción de Silvia Guillén Macías



Newton Compton Editores  
Barcelona, 2024

*Para Nick, Ellie y Matt,  
que, por suerte, saben perfectamente  
cómo valerse por sí mismos.*

# Capítulo 1

*Aeropuerto internacional de Haneda, Tokio*

«Pasa desapercibida, Fiona. Pasa desapercibida». Para ella ese era un mantra que le resultaba bastante familiar y que ahora se repetía a sí misma mientras se frotaba la parte posterior de la pantorrilla, como si fuera una cigüeña torpe, y jugueteaba con la larga trenza rubia que se había hecho. Lo que era de lo más absurdo, teniendo en cuenta que estaba rodeada de mujeres bajitas que se movían de un lado a otro como si fueran hormiguitas trabajadoras. Al lado de esas chicas menudas y elegantes, dotadas de rasgos delicados y un pelo denso y brillante, ella se sentía como un mamut lanudo que, sin saber cómo, había acabado colándose en una pasarela de París. Por un momento, sintió que volvía a revivir la terrible sensación de estar en el instituto, rodeada de chicas populares que la menospreciaban.

Cogió aire con el objetivo de calmarse, pero en su lugar, le salió un suspiro lleno de angustia. A su alrededor, la gente se saludaba y había hombres delgados vestidos con trajes immaculados que recibían a los recién llegados con carteles pequeños en los que aparecían escritos sus nombres. Estaba empezando a recordar cómo se sentía cuando nunca nadie la elegía en Educación Física; la niña torpe que ningún compañero quería tener en su equipo.

En un intento de disimular lo inquieta que se sentía, volvió a echarles un vistazo a los carteles blancos con la esperanza de encontrar su nombre escrito en alguno. Notaba un zumbido en los oídos por el eco que había en el aeropuerto y un hormigueo en la columna vertebral que no hacía más que incrementar

esa sensación de estar fuera de lugar. Su vuelo había aterrizado hacía una hora y, tras un claro ejemplo de eficacia japonesa, ya había recogido su equipaje. Sin embargo, seguía allí esperando. Estuvo a punto de comprobar el documento con todos los detalles que tenía guardado en el bolso, pero volver a sacarlo le haría parecer aún más desesperada y nerviosa. «Confía en ese trozo de papel y en las promesas que hay escritas, Fiona», se dijo a sí misma. Estaba en Japón. Estaba siendo valiente. Y también estaba, sin lugar a duda, en terreno desconocido, pero lo iba a hacer. A pesar de las dudas que había mostrado su madre, esta era una experiencia única que nunca pensó que tendría la oportunidad de vivir.

Ganar un viaje a Japón con todos los gastos pagados en colaboración con la Facultad de Bellas Artes de la Universidad Politécnica de Tokio ya era alucinante, pero la posibilidad de exponer sus fotografías en el Japan Centre, el pequeño universo japonés en Londres, fue la guinda del pastel. Estaba contentísima de haberse apuntado al curso de tarde que ofrecía una de las universidades de Londres.

Al meter la mano en el bolsillo, rozó con los dedos el suave marfil del *netsuke*, una pequeña figura tallada que se usaba como parte de la vestimenta tradicional japonesa. Se llevaba el pequeño accesorio con forma de conejo a todas partes; era lo único que le quedaba de su padre, que falleció cuando ella todavía era un bebé. La figura le había despertado cierto interés por Japón, así que cuando se anunció el concurso, le entraron ganas de participar. De hecho, no hizo falta que su amiga mandona Avril insistiera, aunque sí que fue ella la que consiguió convertir ese deseo en realidad.

Y ahora, estaría en Japón durante dos semanas. Dos semanas en las que disfrutaría de todo lo que el país tenía para ofrecerle, además de un programa de mentoría con uno de los mejores fotógrafos del mundo, Yutaka Araki. Había puesto todo su empeño en la solicitud y, lo creyera o no, merecía estar allí.

Una vez más, sintió la necesidad de leer el papel que guardaba



cuidadosamente doblado en el bolso para tranquilizarse. «No sigas –pensó–, sabes perfectamente que pone que te recogerán en el Aeropuerto Internacional de Haneda. En cualquier momento, llegará alguien con uno de esos cartelitos y llevará tu nombre. Puede que incluso ese alguien sea el mismísimo Yutaka Araki». Tocó con los dedos el móvil que tenía en el bolsillo de su abrigo de mohair, justo en el mismo sitio en el que guardaba la pequeña figura del conejo. No, no iba a sacar el teléfono ni iba a mirar si tenía notificaciones. Seguro que se encontraría algún mensaje de su madre en el que le haría saber cómo tenía la tensión esa mañana. Sobre todo, solía recibirlos cuando Fiona hacía algo con lo que su madre no estaba del todo de acuerdo.

Observó la alborotada y amplia zona de llegadas en la que se encontraba e intentó averiguar qué era lo que la hacía tan diferente. Por suerte, algunas señales estaban escritas en inglés, junto con la increíble pero a la vez enigmática caligrafía japonesa. Una de las mayores preocupaciones que tenía era no ser capaz de entender la información básica, además de que nunca había llegado a dominar el uso de los palillos y que nunca había probado el *sushi* porque, en realidad, no le atraía la idea de comer pescado crudo. ¿De qué demonios se iba a alimentar entonces?

Tragó saliva con fuerza. ¿Y si no venía nadie a recogerla? ¿Qué haría? Se empezó a sentir cada vez más desesperada. Suspiró y cambió el peso del cuerpo de un pie a otro mientras miraba con esperanza a los recién llegados que se iban acercando. Todo era nuevo para ella y eso hizo que se sintiera incómoda. Aunque sí que podía reconocer el logo de Coca-Cola en la enorme máquina expendedora que tenía enfrente, le era completamente imposible adivinar los sabores del resto de las latas de colores brillantes que había.

Se le iluminaron los ojos al ver cómo alguien se aproximaba a ella a paso ligero, con el abrigo que llevaba puesto moviéndose al compás. Cuando lo tuvo lo suficientemente cerca, lo miró

con los ojos entrecerrados. Era imposible. Serían imaginaciones suyas.

«Tiene que ser una maldita broma», pensó.

Pues no lo era.

Estuvo a punto de frotarse los ojos de forma cómica y exagerada para ver si estaba soñando, pero definitivamente no era así. Al darse cuenta de que sin duda era él, se refugió dentro del abrigo como una tortuga que buscaba protección en su caparazón.

Ahí estaba Gabriel Burnett: uno de los mejores fotógrafos británicos y el ganador de miles de millones de premios por sus impresionantes retratos. El hombre tenía un talento innato, por no hablar de todo el encanto, la belleza y el carisma que desprendía y de que, en su día, había sido una de las estrellas que ocupaban los medios de comunicación.

¿Qué hacía allí? No. Ella no era la razón por la que él estaba allí. Tenía que ser una mera coincidencia. Sin embargo, fue atando cabos. Ella había ganado un concurso de fotografía. Él era fotógrafo. Alguien tenía que venir a recogerla. Él estaba en la zona de llegadas.

¡Él no estaba allí por ella!

A pesar de haberse negado rotundamente a sentir cualquier cosa, se le paró en seco el corazón durante al menos diez segundos antes de volver a la realidad y sentir el latido como si fuese un tren que salía de un túnel a mil pulsaciones por minuto. Y ahí estaba Gabe Burnett. Dirigiéndose directamente hacia ella. Pasándose la mano por el pelo oscuro que le caía sobre la frente con esos movimientos rápidos y bruscos que de repente ella recordó a la perfección.

Si hubiese podido darse la vuelta y salir corriendo, lo habría hecho, pero sus pies parecían haberse convertido en una gran masa de arcilla y ella no sabía qué hacer con ellos. Gabe se acercó a la barrera y sacó una hoja de papel con una serie de garabatos en negrita. FIONA H. Las letras parecían escritas a toda prisa y como si no le hubiese dado tiempo a escribir el

apellido, aunque al menos se había preocupado de añadir una «H», por si cabía la posibilidad de que hubiese otra Fiona. ¿Le sonaría el nombre? Habían pasado diez años. ¿La reconocería? Muy improbable. Debía de haber dado clases a cientos de estudiantes desde entonces. En aquella época, Fiona era más extravagante y se sentía más segura de sí misma. Se vestía con petos y jerséis anchos de colores llamativos y se recogía el pelo con pañuelos de cachemira. Recordaba el momento exacto en que su confianza se había ido consumiendo como lo hacía una nuez vieja y rancia. Y el causante era el hombre que ahora estaba de pie a tres metros de ella, sosteniendo el trozo de papel con su nombre y observando con aire despreocupado la terminal abarrotada. Encima, lo hacía con el estilo y la soltura de quien tiene la facilidad de sentirse cómodo en cualquier parte.

–Soy yo –dijo Fiona a la vez que levantaba la mano como en el colegio y asentía mientras miraba el trozo de papel–. Fiona. Fiona Hanning.

–Genial. ¿Llevas mucho tiempo esperando? –Se metió el cartel improvisado en el bolsillo y, para sorpresa de Fiona, inclinó la cabeza y la parte superior del cuerpo de forma rápida y fluida para saludarla.

Ella se quedó mirándolo, apartó la mano que le había tendido sin saber qué hacer y torció ligeramente la boca al ver que Gabe no le pedía perdón. Había llegado media hora tarde. Pero, claro, las personas como él no se disculpaban con simples mortales. No les hacía falta.

–Soy Gabriel Burnett. La mayoría de la gente me llama Gabe. Encantado de conocerte. –Volvió a inclinarse, pero esta vez le tendió la mano, y ella tuvo que sacar la suya del bolsillo–. Los japoneses se saludan haciendo una reverencia.

Ella ya lo sabía porque había estado investigando antes de venir. Simplemente le sorprendió que él lo hiciera.

–Te acostumbrarás rápido. También les encanta dar tarjetas de visitas. Si te ofrecen una, asegúrate de cogerla con las dos manos y de tratarla como un objeto de veneración. Hagas lo

que hagas, no te la metas en el bolsillo. Guárdala con cuidado en el bolso, la cartera o donde sea. Hay que tratarla con respeto. En Japón son muy respetuosos.

–Vale –dijo Fiona, abrumada por el aluvión de información.

Lo recordaba como un hombre reservado de pocas palabras, aunque se explayaba cuando hablaba de su trabajo. Pero, claro, hacía diez años que no lo veía. Ella para nada seguía siendo la misma de antes. De repente, sonrió y recordó las últimas palabras que Avril le había dicho antes de despedirse en el aeropuerto: «Deja de ser una mera espectadora. Nadie te conoce, sé la protagonista que quieras ser». Lo que en teoría era fácil, sobre todo para una reportera que trabajaba en un programa de televisión por las mañanas, supersegura de sí misma, casada con el amor de su vida y con un niño monísimo de dos años. Desde el viaje de prensa a Copenhague en el que coincidieron, Avril se había convertido en una de las mejores amigas de Fiona.

–¿Este es tu equipaje? –le preguntó Gabe, sacándola de sus pensamientos.

Fiona asintió y alzó ligeramente la barbilla. Ya no tenía dieciocho años.

–Vas ligera. –Enarcó la ceja, dudoso–. ¿No traes nada más?

–No –contestó ella.

–Así será más fácil en el monorraíl.

Y tras decir eso, cogió lo que a ella le parecía una maleta enorme y comenzó a caminar.

Hacer las maletas para permanecer dos semanas en un lugar en el que Fiona nunca había estado no había sido para nada un camino de rosas, aunque Avril y su benevolente arrogancia habían conseguido ponérselo todo más fácil. Si Fiona se hubiese ceñido a su idea inicial de llevar vaqueros y camisetas, le habría bastado con una maleta la mitad de grande que esa.

Mientras intentaba acostumbrarse a todas esas vistas y sonidos desconocidos, Fiona no tuvo más remedio que concentrarse para poder seguirle el ritmo a Gabe y abrirse paso entre la

multitud. Y solo cuando estaban esperando a que llegase el monorraíl, de pie en las líneas pintadas que estaban trazadas en el andén para hacer la cola, pudo por fin respirar tranquila.

–Esto... Muchas gracias por venir a recogerme.

A Gabe se le desenchajó un poco la cara y bajó la voz para que solo ella pudiera oírlo:

–Ah, sí. Ha habido un pequeño cambio de planes. Por desgracia, Yutaka Araki ha sufrido la pérdida de un familiar y ha tenido que volver a su casa en Niseko. Así que... tendrás que conformarte conmigo –le explicó él. Después, torció la boca con aire de superioridad y añadió–: Aunque estoy perfectamente cualificado.

A Fiona se le empezó a acelerar el pulso y eso la irritó, al igual que lo hizo el tono arrogante que había utilizado Gabe al hablar. Así que lo fulminó con la mirada, se inclinó hacia él para que pudiese oírla mejor y le dijo:

–Sé perfectamente quién es usted, señor Burnett.

–Señor Burnett. Vaya. Qué manera de ponerme en mi lugar y hacerme sentir como si tuviera unos ciento tres años. –Se rio en voz baja.

Fiona apretó los dientes para evitar que se le escapara que sabía exactamente cuántos años tenía.

–En fin. Lo siento por lo de Yutaka, pero no había otra alternativa. La universidad se puso en contacto conmigo. Antes daba clases allí..., así que me preguntaron si podía echarles una mano. Conozco al señor Kobashi, el profesor que dirige el programa de mentoría en Tokio, y a su mujer; de hecho, son mis caseros. Me están alquilando un piso y un estudio. Pero, bueno, si estás desesperada por conocer a Yutaka, te diré que puede que vuelva justo antes de que te vayas.

–Estoy segura de que lo harás estupendamente –comentó Fiona, y se sorprendió al escuchar que esas palabras salían de su boca–. Como tú mismo has dicho, estás perfectamente cualificado –añadió con el tono de voz más bajo que pudo.

En lugar de sentirse ofendido, Gabe le sonrió y le dijo:

–No hay nada como que alguien te ponga en tu lugar; dos veces en un mismo día.

–Supongo que es algo que no te pasa muy a menudo. –Fiona habló con sequedad, sin poder evitar que las palabras escaparan de sus labios.

¿Se estaba burlando de Gabe Burnett?

Con una sonrisa irónica, Gabe la miró y examinó su rostro como si fuera la primera vez que se fijaba bien en ella. Era imposible esconderse o salir huyendo, sobre todo, cuando lo tenía justo al lado.

–¿Sabes qué? No soy tan insoportable como dicen. No deberías creerte todo lo que lees en la prensa –añadió él, estudiándola con la mirada.

Por un momento, Fiona pensó que detrás de esas palabras había algo más. Hubo una época en la que las fotografías que hacía Gabe aparecían en la prensa con la misma frecuencia que lo hacían las fotos en las que salía él. Le iban las modelos jóvenes.

–No suelo leer lo que dice la prensa. Mi amiga Kate trabajaba como relaciones públicas y dice que la mayoría de las cosas se las inventan, y mi amiga Avril trabaja en la televisión y, por lo general, conoce la verdad oculta detrás de los cotilleos.

–Pues haces bien –añadió él–. ¿Por qué elegiste Japón?

Puede que fuera la mirada de aprobación que Gabe le dirigió o el hecho de que sin duda no se acordaba de ella lo que hizo que Fiona acabara sacando el pequeño *netsuke* de marfil que guardaba en el bolsillo.

–Por esto.

Enseguida, Gabe acercó el dedo a la suave figura para acariciarla y le preguntó:

–¿Puedo?

Ella se lo dio.

–Era de mi padre. Murió cuando yo era un bebé y lo encontré cuando tenía seis años. No tenía ni idea de lo que era hasta que mi abuela me lo explicó. Es un *netsuke*. Lo compró en una

tienda de antigüedades cuando era un niño y, desde aquel día, quiso visitar Japón, pero al final nunca pudo hacerlo. Así que cuando me enteré de lo del concurso... –le contó Fiona, y se encogió de hombros.

Gabe le devolvió la figura y ella la guardó de nuevo en su sitio. Tras un pequeño ruido sordo, sintió tranquilidad al ver cómo se le formaba un pequeño bulto en el bolsillo.

–Un poco ñoño, pero está bien. En Tokio conocerás de primera mano cómo es Japón en realidad. –Durante unos instantes, la sonrisa que esbozó Gabe fue melancólica–. Es un país de contrastes: llamativo, moderno, innovador, repleto de neones y tecnología; pero también lleno de un gran aprecio y respeto por el arte, la cultura y la tradición. Nunca había vivido en un lugar así.

–¿Vives aquí?

–Entre aquí y Londres. –Hizo una pausa–. Te quedarás con la familia Kobashi. –Volvió a torcer el gesto–. La mujer del señor Kobashi, Haruka, es encantadora y de lo más interesante. Es una maestra del té.

Fiona se enderezó con repentino interés.

–Me encanta el té. Una de las cosas que me gustaría hacer aquí es ir a una ceremonia del té, aunque realmente no tengo ni idea de en qué consiste.

–En ese caso, te hospedas en el sitio ideal. Es una experta. Su hija y ella tienen una tetería donde llevan a cabo la ceremonia. Su casa está justo encima.

–¿En serio? –preguntó ella, y le brillaron los ojos.

Uno de los objetos más preciados de Fiona era una pequeña tetera de cerámica que tenía la boquilla estrecha y el asa de bambú. Le encantaba lo delicado y sencillo que era el diseño porque, además de lo bonita que era, era fácil de usar.

Inmediatamente, bajó la guardia y se olvidó de que ya se conocían de antes, y le dedicó una sonrisa sincera, mirándole directamente a los ojos azules. Seguía siendo el hombre atractivo que recordaba.

–Ajá –dijo Gabe, tenso, y giró la cabeza hacia otro lado como si Fiona se hubiese acercado demasiado. Después, apretó la mandíbula y paseó la mirada por el andén repleto de gente.

Ella se metió la mano en el bolsillo y, con un dedo, acarició el *netsuke*. Gabe se había alejado de forma sutil, pero aun así ella se había dado cuenta. Sintió que se le hacía un nudo en la garganta como si se acabara de tragar de golpe un trozo entero de pan integral. Las chicas altas y torpes como ella no eran el tipo de Gabe, pero al menos podría haber disimulado un poco. Sabía perfectamente que a él le gustaban más las morenas atractivas, elegantes y bajitas que emanaban seguridad por cada poro de la piel. Justo antes de que Gabe se mudara a Japón, la prensa se había encargado de publicar toda su vida amorosa.

–Si te van ese tipo de cosas... –dijo él con desdén mientras se miraba el reloj que llevaba en la muñeca–. Deja de tener gracia cuando ya lo has visto. Es algo típico para turistas.

–Bueno, ahora yo también soy una turista –soltó Fiona, molesta por su actitud.

–Ahora que dices eso, ¿tienes el Japan Rail Pass?

–Sí –respondió ella.

En lo poco que había leído Fiona antes de venir, le recomendaban comprar con antelación ese pase de tren especial para turistas, y el suyo se lo habían enviado junto con los billetes de avión.

Gabe no dijo nada más mientras el monorraíl avanzaba hacia la estación en la que se encontraban. Cuando se subieron, Fiona se giró para decirle algo, pero incluso antes de que este se llevase el dedo a los labios, ella ya se había percatado del silencio que reinaba en el vagón. Miró a su alrededor. Al parecer en Japón la gente no hablaba en los trenes. Gabe sacó el móvil y se puso a revisar algo, así que Fiona lo imitó y pasaron el resto del viaje en un silencio la mar de cómodo.

Se bajaron del monorraíl y se mezclaron con el barullo de gente; Gabe iba al frente marcando el camino que los llevaría hasta un andén, donde cambiarían a una línea de metro.



–Esta es la línea Yamanote. Acabarás usándola mucho, así que es mejor que te vayas familiarizando con ella. Es una línea circular y hace paradas en las principales estaciones de la ciudad. Ahora nos dirigimos a Nippori. El señor Kobashi vive en una encantadora zona de estilo tradicional que se llama Yanaka.

Casi una hora después, tras otro viaje concurrido, pero tranquilo, salieron y se encontraron con la tenue luz del sol del atardecer. La emoción que había sentido Fiona al principio al estar en Japón había desaparecido y había dado paso a un cansancio que se le extendió por todo el cuerpo. Así que le dio trabajo poner un pie delante del otro mientras Gabe avanzaba a paso ligero por la calle sin ni siquiera comprobar si ella lo seguía. Al menos se había encargado de llevar su maleta y tiraba de ella como si tuviera un objetivo claro. El objetivo de deshacerse de ella o eso fue lo que supuso Fiona al ver sus hombros anchos mientras caminaba algunos pasos por delante. Sin duda, daba la impresión de que no le apetecía nada estar allí.

Intentó seguirle el paso y detestó sentir cómo esa sensación de desorientación aumentaba cada vez más porque no tenía ni la más remota idea de si se había alejado demasiado o no de la ciudad de Tokio. Al ver que había perdido el control, le entró un miedo que la hizo sentirse nerviosa e incómoda. Estaba muy lejos de su hogar. Las dieciséis horas de vuelo apretujada en el asiento habían hecho que se olvidara de la distancia que estaba recorriendo. Sin embargo, en ese momento, mientras contemplaba la peculiar arquitectura de los edificios, las extrañas señales de tráfico, la gran cantidad de cables que había, pero que no se veían desde dentro de las casas, y las farolas que parecían más bien casitas decoradas para pájaros, se dio de bruces con la realidad. No se parecía a ningún sitio en el que hubiera estado antes. Aunque la calle era ancha, las casas llegaban casi hasta el borde de la calzada y tenían macetas en las puertas, como si intentaran disimular la ausencia de un jardín delantero. Parecía que todo estaba hecho de madera, salvo

los tejados de color verde oscuro que tenían una inclinación pronunciada que daba como resultado un pequeño saliente en el borde.

Cuando Fiona se paró a observar las persianas de bambú que cubrían las ventanas, Gabe se detuvo, esperando a que ella lo alcanzara, y dijo:

–Es una zona bastante tradicional. Estas casas tienen cientos de años de antigüedad.

–Me encanta que todo esté hecho de madera –confesó ella, fascinada, aunque esas casas significaban que estaba muy lejos de su hogar.

–*Sugi*. El cedro japonés –respondió él mientras reanudaba la marcha, todavía unos pasos por delante de ella.

Fiona se fijó en su espalda y aceleró el paso para seguirle justo cuando él giraba a la derecha y entraba en otra calle todavía más estrecha. Gabe se detuvo a esperarla delante de una tienda.

Al llegar, Fiona esbozó una sonrisa y se quedó mirando el enorme escaparate cuadrado de la tienda. Tenía un marco hecho de madera, era una mezcla entre una ventana mirador de una casa y un balcón. Estaba decorada con jazmines y, desde fuera, se podía ver un sencillo, pero a la vez elegante surtido de teteras con boquillas finas y tazas tradicionales que contaban con una decoración preciosa. Debajo de la ventana había varias macetas grandes con camelias llenas de capullos de un color rosa intenso que estaban a punto de florecer.

–¡Qué maravilla! –exclamó Fiona, y, en ese instante, deseó tener la cámara a mano.

–Acostúmbrate. Esta es la tetería de Haruka. El señor Kobashi y ella viven arriba, que es donde tú te alojarás.

Fiona dio una palmada, encantada.

–¡Es preciosa! –volvió a exclamar, y se tomó un momento para contemplar el bajo tejado de brillantes tejas verdes que se curvaba en los bordes, como los zapatos de un sultán, y sobresalía por encima del escaparate.

En la entrada, había un tramo de escaleras a la derecha que

llevaba hasta la tetería y a la izquierda había un porche más amplio. Gabe inmediatamente se quitó los zapatos y alzó la voz para decir algo en japonés. Fiona solo logró captar las palabras «Haruka-san».

–¿Hablas japonés? –indagó ella.

Gabe sacudió la cabeza.

–Sé saludar y alguna que otra palabra más, pero eso es todo. Tienes que quitarte los zapatos. Esas zapatillas de ahí son para ti –le explicó, tras haber metido los pies en unas más grandes que las que había para ella.

La puerta, que parecía hecha de papel y madera, se abrió y apareció una mujer japonesa bajita, con el pelo oscuro peinado hacia atrás y recogido en un moño elegante, que la hacía parecer por lo menos cinco centímetros más alta.

–Gabriel-san –exclamó encantadísima, inclinó la cabeza para saludarlo y a continuación le dio un beso en las mejillas.

Los ojos oscuros y redondos le brillaban mientras le seguía soltando en voz baja un montón de palabras en japonés y le acariciaba los brazos.

Fiona analizó la calurosa bienvenida con curiosidad. Pensaba que los japoneses eran más formales y reservados. Aquí, sin duda, no había ni rastro de eso.

–Haruka-san, esta es Fiona.

Se acercó más a Fiona y juntó las manos antes de asentir e inclinarse levemente en señal de respeto.

–Bienvenida, Fiona. Es un placer conocerte. –La mujer esbozó una sonrisa amable, aunque no fue tan efusiva como la que le había dedicado a Gabe. Sin duda, parecía que lo conocían muy bien en esa familia–. Pasad, pasad –los animó finalmente, y, con pasitos cuidadosos, subió el tramo de escalera que se curvaba sobre sí misma situada en un pequeño rellano.

Una vez arriba, Fiona supuso que en ese momento se encontraban encima de la tetería. Estaba deseando entrar en la tetería, aunque le picaba la curiosidad por ver cómo era el interior de una casa japonesa.

La mujer los llevó a una gran sala de estar. Era un espacio minimalista que contaba con poquísimos muebles y con un suelo de madera con esteras grandes que cubrían toda la parte central de la sala. Había unas cuantas sillas muy bajas con respaldos altos y una mesa extraña que parecía tener su propio futón incorporado. Aparte de algunos objetos de cerámica que había en un mueble bajo de madera y un par de pergaminos con trazos colgados de las paredes, Fiona se dio cuenta de que no había demasiada decoración. Todo lo contrario al desorden que reinaba en casa de su madre. Sonrió. Le gustaban bastante las líneas limpias y el orden de la habitación.

Su anfitriona abrió algunas puertas correderas más y después los llevó por otra escalera de madera que daba a una serie de habitaciones; todas ellas divididas con las mismas puertas de papel y madera que había visto antes. Gabe subió la maleta de Fiona y, al final, llegaron a una pequeña habitación cuadrada con un futón en el suelo. Haruka levantó las persianas de bambú para revelar un balcón que ocupaba toda la parte trasera de la casa, con vistas a un bonito jardín de estilo zen.

–Madre mía –exclamó Fiona juntando las manos, encantada, lo que hizo que se ganara una cálida sonrisa de la japonesa.

–Después te lo enseño. ¿Queréis tomar algo?

–No puedo quedarme. Tengo que irme –se apresuró a decir Gabe. Luego, se volvió hacia Fiona y añadió–: Igual podría enseñarte Tokio durante estos primeros días. Así te irás integrando y después ya podrás empezar a pensar en el enfoque que le quieres dar a tu exposición.

Fiona asintió, contenta de que él la ayudara. Ya le estaba empezando a causar todo bastante ansiedad. Aunque la idea de un viaje a Japón le había llamado la atención al principio, en realidad, el mejor premio era la posibilidad de que la dejaran exponer sus fotografías en el Japan Centre de Kensington, en Londres, dos semanas después de su vuelta a casa. Sería una gran oportunidad para conseguir cierto reconocimiento y quizá podría acabar vendiendo alguna que otra obra. Se moría

de ganas por trabajar con Yukata Araki –reconocido por sus increíbles fotografías de paisajes– y por aprender mucho de él, además de por pedirle consejo para el tema de la exposición.

Pero ahora estaba atrapada con Gabe. No tenía muy claro que él fuera la persona indicada para ayudarla. Para empezar, Gabe se dedicaba a hacer retratos.

–Sí, me parece una buena idea –murmuró Fiona, que empezaba a sentirse mareada por el *jet lag*.

Al final, acabó tambaleándose y Gabe tuvo que agarrarla del brazo. Sus miradas se encontraron y Fiona sintió que le faltaba el aire al notar una pequeña chispa que acabó desapareciendo cuando él se apresuró a soltarle el brazo. Se puso derecha y se obligó a concentrarse. Gabe no tenía de qué preocuparse. No era la primera vez que se hacía ilusiones con él y quedaba en ridículo. Pero ya no le iba a pasar eso, por muy irresistible que lo encontrara.



## Capítulo 2

—Pero ¿por qué me pasa esto a mí? ¿Por qué? —se preguntó Gabe, mirándose al espejo mientras se pasaba la cuchilla de afeitar por la barbilla llena de espuma.

Tener que ir hasta Tokio había sido una pesadilla, pero tener que cargar con una chica torpe de ojos enormes —le recordaba a Bambi con esas piernas tan largas— le pareció una auténtica tortura.

No habían sido las súplicas del señor Kobashi las que habían conseguido que se ofreciera voluntario para sustituir a Yutaka Araki como mentor; por supuesto que no, habían sido las lágrimas de angustia de Haruka ante la posible humillación de su marido al ver que el plan tan minucioso que había trazado se estaba viniendo abajo. Sin duda, a los japoneses no les gustaba fracasar, y cancelar el viaje sería una auténtica vergüenza para el señor Kobashi. Además, Gabe se acordaba perfectamente de la deuda que tenía con Haruka, aunque ahora empezaba a arrepentirse de la decisión que había tomado. Se miró el reloj; había programado todo a conciencia para evitar viajar en hora punta: algo que odiaba y que era muy común en Tokio, sobre todo, para sus ocho millones de viajeros. Además, gracias a esta estrategia premeditada, tendría que hacer menos horas de canguro.

Con un suspiro exagerado, se echó un último vistazo en el espejo y se acercó más para revisarse la piel recién afeitada y, sin entender del todo por qué lo hacía, se aseguró de que no le había quedado ninguna zona sin rasurar. Evitaba afeitarse a toda costa; era algo que para él no tenía sentido y que encima le daba pereza hacer. Como la mayoría de las cosas hoy en día. El próximo mes, tenía un par de encargos programados

para algunas revistas japonesas –las típicas promociones que los publicistas les obligaban a hacer a las estrellas de cine para conseguir que las reacciones fueran positivas–, pero tampoco tenía mucho más que hacer; a menos que recibiera una llamada de última hora, algo que ocurría muy a menudo.

Cogió el móvil que había dejado en el lavamanos y leyó por tercera vez el mensaje que le había enviado Yumi:

Meiko se ha vuelto a marchar. Solo tú sabes por lo que estoy pasando. Me siento tan sola. Llévame a cenar.

En el Shinkansen, el tren bala de Japón, el viaje a Osaka duraba tan solo una hora y, si no fuera porque tenía que hacer de niñero, habría ido sin pensárselo dos veces. Pero, por desgracia, tenía obligaciones, aunque eran un auténtico lastre del que no quería hacerse cargo. Definitivamente Haruka no le perdonaría que no las cumpliera.

A regañadientes, respondió al mensaje de Yumi:

Lo siento. Hoy trabajo. Tal vez mañana.

Nunca le mandaba un beso. Al menos ya no. Ahora era una mujer casada. Se le empezó a extender por todo el cuerpo una sensación de desesperación que ya conocía a la perfección. Esperó un rato, con una mano apoyada en el lavabo, que aún seguía húmedo, pero no recibió ninguna respuesta y se imaginó la cara que habría puesto Yumi al leer el mensaje. Soltó una risa amarga. ¿Imaginarsé su cara? Conocía a la perfección cada línea y cada ángulo de ese hermoso rostro, además de sus delicados rasgos y las sombras que se le formaban gracias a su elegante estructura ósea.

Se imaginó su labio inferior, con gesto de mal genio, y el ceño triste por la decepción. La pobre Yumi; se sentía sumamente sola y fuera de lugar en Osaka. Necesitaba un amigo. Su marido pasaba de ella, pero a su vez le concedía todos sus deseos y caprichos gracias a la fortuna que tenía.



Se libró de esos pensamientos llenos de melancolía. Haruka siempre le decía que Yumi estaba recogiendo lo que había sembrado o, bueno, el equivalente a esa expresión en japonés. Gabe se guardó el móvil en el bolsillo trasero y salió de su casa.

Cuando llegó a casa de Haruka, Fiona ya estaba preparada y lo esperaba dando saltitos; según él, esa era la única forma posible de describir la situación. Era la viva imagen del entusiasmo y él casi se vio dando un paso atrás, como si pudiera ser contagioso.

–¡Buenos días! –exclamó Fiona, quitándose las zapatillas y metiendo los pies en un par de botines sin cordones que le llegaban hasta el tobillo.

–Vaya, cuánta energía. Supongo que habrás dormido a pierna suelta.

–Pues sí. Es que hay algo... Igual es el olor de los tatamis. Es como si estuvieras durmiendo al aire libre.

Perplejo, Gabe enarcó una ceja. Con el paso de los años, se había ido acostumbrando a ese olor a hierbas tan característico.

–Veo que has hecho los deberes.

–Bueno, le pregunté a Haruka por los tatamis –confesó ella y, después, añadió con entusiasmo–: Y también por las puertas correderas. ¿Sabes que están hechas de papel y madera? Son monísimas.

–Divisores *shoji*. –También se había acostumbrado a eso, pero recordaba que, en su día, a él también le habían parecido toda una novedad–. Originalmente, las diseñaban para maximizar el espacio, de manera que los samuráis no tuvieran problemas para blandir su espada. –Vale, puede que también se hubiese quedado con algo de información a lo largo de los años y que no le disgustara del todo la idea de intentar impresionarla un poquito.

–Eso mismo me contó Haruka.

Gabe sonrió.

–Los japoneses saben cómo mantener vivas sus tradiciones y,

al mismo tiempo, ser una de las sociedades más innovadoras y avanzadas tecnológicamente. Dicho esto, si estás lista, será mejor que cojamos el tren lo antes posible para así poder llegar al metro que es menos caótico a esta hora del día.

Fiona se agachó para coger la funda acolchada en la que guardaba la cámara.

–No hace falta que te la lleves hoy –le aclaró Gabe.

–¿Me lo dices en serio? –preguntó ella, agarrando el asa como si cupiera la posibilidad de que él se la quitara de las manos.

–Hoy solo vas a observar, ver las cosas, sentir el ambiente. Disfrutar del momento. Hay muchísimos fotógrafos que se esconden detrás de la cámara y al final lo único que consiguen es sacar fotos vacías. Un profesional siempre deja ver las capas que hay detrás de un disparo.

Fiona parpadeó.

Y no era para menos. ¿Por qué demonios había dicho eso? Era la típica tontería que le soltaban a uno cuando estaba empezando. Igual en su día creyó que había algo de verdad detrás de esas palabras, pero ahora... Ahora no quería que ella le hiciera perder el tiempo y que acabara sacándole fotos a todo lo que viera. Eso haría aún más insoportable una mañana ya de por sí tediosa.

Hoy había que superar el día de la mejor manera posible. Ya tenía la estrategia planeada, aunque no pudo evitar pensar que ahora mismo preferiría estar en un tren en dirección a Osaka.

Cuando salieron de la estación, fue un milagro que Fiona no se rompiera el cuello; miraba de un lado a otro para no perderse nada. Rascacielos, luces de neón que no paraban de parpadear y, ocupando casi todo el espacio disponible, muchísima gente. Nunca había visto tantas personas juntas en un mismo sitio. Gabe casi ni le había dirigido la palabra en el metro, aunque se dio cuenta de que seguramente estaba respetando el protocolo.

–Pues ya hemos llegado –soltó él.

Sin embargo, ella ya había visto la señal desde lejos y había

acelerado el paso presa del entusiasmo. Durante el largo vuelo, se había dedicado a estudiar como una loca lo que ponía en la guía y había acabado poniendo ese lugar en la lista de los principales sitios que quería visitar. Vio el cartel y esbozó una sonrisa. El Museo Metropolitano de Fotografía de Tokio.

–¡Es perfecto! –Ella le sonrió–. ¿Cómo lo sabías?

–¿Saber el qué?

A Fiona casi se le escapó una risa al ver la cara de horror e incertidumbre de Gabe y la forma en que dio un paso atrás como si ella acabara de lanzarle una granada y estuviera a punto de explotar.

–¡Que quería venir aquí! De hecho, era lo primero que quería hacer al llegar.

–¿Pues porque eres fotógrafa? –Gabe extendió los brazos y esbozó una sonrisa de todo menos sincera.

–Pero no soy una fotógrafa profesional. Todavía estoy aprendiendo. En realidad, tengo un blog y soy *instagrammer*. Nunca me había considerado una fotógrafa como tal hasta que gané el concurso. ¡Y ahora estoy superemocionada! Quiero ver las fotos, aunque seguramente acabe con los ánimos por los suelos. Observar todo ese talento... ¿Te pasa lo mismo cuando las ves o te hace sentir que tienes que salir ahí y dar lo mejor de ti?

Gabe arrugó la frente y, en ese momento, Fiona recordó que él no sabía nada de ella. Ni siquiera se había molestado en conocerla y, sin embargo, en el aeropuerto se había comportado como un auténtico creído al suponer que ella sí que sabía quién era él. Pensarlo la hizo sentirse absurda y, por un segundo, se sintió pequeña, pero, de inmediato, una ligera sensación de furia le recorrió el cuerpo, como lo hacen las llamas en un incendio. Había volado hasta allí, se había arriesgado, estaba dispuesta a salir de su zona de confort y, aun así, él ni se había esforzado lo más mínimo en conocerla. ¿Se había tomado al menos la molestia de leer su solicitud para el concurso o de abrir el archivo de fotos que había enviado? Estaba orgullosa del trabajo que había hecho y, aunque le costara admitirlo,

quería tener su aprobación. Porque era un profesional y ansiaba eso de él, pero esta vez era diferente; ya no estaba desesperada por que él se fijara en ella, al menos no de la misma forma en que lo había estado cuando tenía dieciocho años. Ahora, con veintiocho años y más experiencia, lo que sentía era ira. Gabe tendría que haberle echado una ojeada a su solicitud, al menos por respeto a la persona a la que estaba sustituyendo y a ella. ¿Qué sentido tenía hacer el trabajo a medias? ¿Era en realidad tan egoísta que le daba absolutamente igual?

–¿Le has echado un vistazo a mi trabajo? –se lanzó a preguntar Fiona con sarcasmo–. ¿Y a mi solicitud?

–Lo siento. No, no lo he hecho. –Gabe levantó las manos.

Era de admirar que no intentara mentir para evitar meterse en líos y que afrontara las consecuencias, pero aun así...

–Vaya, qué sorpresa. Ya sabía yo que tenía que andarme con ojo contigo.

Uy, eso no era exactamente lo que ella quería que saliera de su boca y, a juzgar por la cara de ofendido de Gabe, no debería de haberlo dicho en voz alta. Se le daba bien meterse en ese tipo de fregados.

–¿Perdón? ¿Andarte con ojo? ¿Por qué demonios piensas eso? Ni siquiera me conoces.

–Ya. –Aunque ella sí que lo conocía–. Pero eres el típico que hace siempre lo que le da la gana.

Fiona sabía cómo era por el aire de superioridad que había mostrado él cuando iba a sus clases. La mayoría de los alumnos se habían quedado demasiado embobados al tener delante a una auténtica celebridad como para darse cuenta y, a decir verdad, a ella también le había pasado. Pero eso se acabó. Estaba allí para aprender. Tan solo tenía dos semanas para solucionar el tema de la exposición que acabaría abriéndole las puertas de una industria de lo más competitiva.

–Vale, entonces, ¿cómo te engañaron para que aceptaras ser el sustituto de Araki? –añadió ella.

–Nadie engañó a nadie. –Gabe la miró, cabreado–. Ahora,

si no quieres perder el tiempo, te sugiero que entres cuanto antes. Nos vemos aquí dentro de tres horas.

Antes de que ella pudiera contestar, le dio la espalda y se alejó, dejándola de pie con la boca abierta como si fuera un pez de colores.

¿La... la... la había dejado sola? ¿Qué clase de programa de mentoría era ese? Malhumorada, Fiona se dio la vuelta y entró en el museo, y se sintió aliviada al ver que todas las indicaciones estaban también escritas en inglés. Lo tenía claro, le iría mejor sin él.

Y así fue. El museo tenía cinco pisos, había tantas cosas que ver y se sintió la mar de cómoda caminando a su propio ritmo, saltándose todo aquello que no le interesaba y deteniéndose en lo que sí. Había llegado a la conclusión de que la vida era demasiado corta como para perder el tiempo en cosas que no le apetecía hacer, como terminar de leer un libro que no le enganchaba, ver el final de una película que no le estaba gustando o examinar cada una de las obras de una exposición.

Disfrutando de la tranquilidad que se respiraba, llena de murmullos y pisadas silenciosas, dobló la esquina y entró en una nueva sección donde se encontró cara a cara con un Gabriel Burnett. Fue realmente la foto lo primero que le llamó la atención, incluso más que su nombre. En ella se veía a una mujer japonesa deslumbrante, cubierta de pétalos de flores de cerezo. Tenía el cuerpo colocado minuciosamente: un brazo extendido con delicadeza en un gesto de súplica, como si intentara hacerse con uno de los delicados pétalos rosas ligeramente desenfocados. Al principio, cuando Fiona examinó la imagen, admiró la técnica, la iluminación y la forma en que se difuminaban los bordes de la flor, pero, a medida que estudiaba la fotografía, se iba percatando de más detalles que le generaron una leve pero notoria sensación de inquietud.

Las cejas perfiladas enmarcaban los ojos almendrados de la mujer y la cámara había conseguido resaltar una piel perfecta

de tono claro, pero, cuando volvió a fijarse por segunda vez en aquellos hermosos labios que tenían forma de arco, se dio cuenta de que la sonrisa encerraba una pizca deliberada de provocación. Aunque la composición de la imagen era dulce e inocente –una chica guapa entre flores–, al mirarla con más detenimiento, se descubrían indicios de secretos y sexualidad, de misterio y deseo reprimido. Nada era lo que parecía. Fiona casi podía imaginarse a la serpiente contoneándose entre las flores. Eva, la tentadora.

En la cartela que había al lado ponía: «*Mujer floreciendo* de Gabriel Burnett, 2016». Además de eso, había una breve biografía de Gabe en la que decía que la modelo de la foto, Yumi Mimura, fue su musa durante mucho tiempo y el sujeto principal de sus fotografías.

Fiona siguió caminando y encontró otra de sus obras. Esta vez, el escenario era una fiesta y Yumi llevaba un vestido de cóctel de satén azul oscuro que caía suelto, pero ceñido a la cintura. Aparecía detrás de dos hombres sobrios vestidos con un traje gris de espaldas a la cámara. Con una copa de martini en la mano, Yumi desprendía la elegancia de un icono de moda de la época dorada. Sin embargo, tenía unos rasgos élficos y parecía que estuviera planeando alguna travesura; algo que no llegaba a encajar del todo con ese glamur. Fiona sonrió; esta vez la composición desprendía encanto por todas partes y era completamente diferente a la fotografía anterior.

Intrigada por el tema y por el indiscutible talento de Gabe, siguió centrándose en las fotos que había ido tomando de Yumi Mimura a lo largo de los años. En algunas, vestía prendas de ropa típicas occidentales; en otras, kimonos japoneses. También había fotos en las que salía desnuda sin pudor alguno, aunque sin llegar a enseñar nada. Sin embargo, en todas ellas siempre había una profundidad sutil que transmitía una historia desconocida o una emoción. Además, en todas las fotografías destacaba el gran talento de Gabe. Al llegar por fin a la última, Fiona la estudió. En ella, Yumi llevaba un sofisticado vestido

de seda blanca con una caída que le quedaba espectacular. La iluminación que habían utilizado acentuaba su belleza angelical. Pero, entonces, Fiona se detuvo de repente y reprimió una mueca de dolor. «Triunfo». Eso fue lo que le transmitió la fotografía. Una mujer con una confianza inquebrantable y muy segura de sí misma. Consciente de la belleza que desprendía y de su papel en el mundo. Justo el tipo de persona que hacía que Fiona fuese verdaderamente consciente de sus propios defectos.

Estaba claro que Gabe era un genio. Con el mismo talento y fama que el propio Yutaka Araki. ¿En qué estaba pensando antes? ¿Por qué lo había provocado a conciencia? Se había ganado la arrogancia. Ahora ella se sentía insignificante. ¿Quién era ella para ponerlo en duda? Podría aprender mucho de él si cerraba el pico. Para ser honestos, se estaba dejando llevar por una rabieta de niña pequeña que ya debería de haber superado hacía tiempo. ¿Cuándo iba a madurar y olvidar esa estúpida clase? Estaba claro que él ya lo había hecho. Además, ahora, en retrospectiva, comprendió que seguramente aquel episodio no significó nada para él. Ni siquiera recordaba su nombre.

Todavía faltaba media hora para volver a encontrarse con Gabe en la entrada, así que Fiona pensó que podría almorzar en el restaurante del museo. Sin embargo, se echó para atrás enseguida cuando vio que no entendía el menú y que no conocía muchos de los ingredientes que estaban escritos, además de ser incapaz de utilizar los palillos. Iba a tener que pedirle ayuda a Haruka, que había tenido la consideración de no reírse al ver las dificultades de Fiona para manejarlos en la cena de la noche anterior. De lo contrario, iba a tener que acostumbrarse lo antes posible a comer comida fría.

Se tomó su tiempo para bajar las escaleras e ir al encuentro de Gabe en la planta baja. Después de haber visto sus fotografías, se sentía tímida e insegura..., pero también le habían servido para inspirarse y estaba deseando empezar a trabajar. Por

primera vez se percató de que, cuando había asistido a una de sus clases hacía muchos años, como cualquier otro alumno, se había sentido más cautivada por su fama que por su talento.

Al salir, vio a Gabe examinando uno de los enormes cuadros que estaban colgados fuera del museo. Era una estampa de París; qué irónico.

–Me encanta esta foto –dijo Gabe distraído mientras ella se acercaba a él, sin mirarla siquiera–. Capta a la perfección ese *je ne sais quoi* de los franceses. ¿Has terminado?

–Sí.

–¿Te ha gustado?

–Sí. –Espero a ver si él le hacía más preguntas o si mostraba interés por saber su opinión sobre lo que había visto.

–Estupendo. –Se dio la vuelta y comenzó a caminar a paso ligero, sin dar pie a seguir hablando.

Fiona entendió que Gabe no tenía intención de esperarla, así que intentó seguirle el ritmo con el objetivo de seguir manteniendo una conversación con él. Había disfrutado de tres horas sin ella. Se suponía que él era su mentor; era lo mínimo que debería hacer por ella.

–No sé si esto me ha servido para inspirarme o para desmotivarme. Nunca tendré ese talento.

–Pues seguramente no –soltó Gabe tan tranquilo.

Fiona tardó un momento en asimilar lo que él le había dicho sin pelos en la lengua.

–Vaya, gracias por los ánimos.

–De nada sirve mentir. Nadie saldría del Louvre pensando que va a ser tan bueno como en su día lo fueron Monet o Van Gogh. Porque es imposible estar a su altura. Eran los genios de su época. Y lo que has visto hoy, es el trabajo de personas con talento que están entre lo mejor de los mejores.

–Supongo que tienes razón –dijo ella.

–Si te sirve de consuelo, por lo que he visto, eres buena.

–No hace falta que me regales los oídos por lástima. –Fiona lo miró, un poco decaída.



–No lo hago. Intento animarte, pero desde la sinceridad. Cualquier idiota podría acabar haciendo una buena foto por pura suerte. Pero solo alguien con verdadero talento puede buscar la composición perfecta, conseguir captarla, reconocerla cuando la ve y, al final, tomar la foto.

Fiona entendió lo que quería decir, pero, aun así, le dolió un poco.

–Estás aquí para conseguir eso..., con mi ayuda, claro –añadió él, ladeando la cabeza–. ¿Ya has comido?

–No, iba a...

Por suerte, él la interrumpió antes de que acabara confesando que se había echado atrás en el último momento.

–Genial. Conozco un restaurante especializado en tempura. No está muy lejos de aquí. Podemos comer allí.

¿Tempura? ¿Qué era eso? No quería hacerle esas preguntas, pero le rugía el estómago como si tuviera un león dentro, así que, en ese momento, estaba dispuesta a comerse cualquier cosa.

Gabe era consciente de que se había comportado como un capullo. Solo hacía falta mirar el gesto de decepción de Fiona que también se reflejaba en sus ojos azules. Esa chica era un libro abierto, pero él no se sentía capaz de hablar de fotografía ni de las impresionantes imágenes, muchas de ellas desgarradoras, que había en esa increíble colección. Apretó los labios con fuerza al ver cómo se le hundían los hombros a Fiona. Pensó que debía disculparse; ella se merecía más que eso, pero... no pudo. Sintió que se le hacía un nudo cada vez más fuerte en el estómago. Quería hablar con él de las fotos; de hecho, se le notaba en la cara todo ese entusiasmo contenido. Quería hablar de las técnicas, de lo que había visto, de lo que la había dejado fascinada, pero él... él no se veía capaz de soportarlo.

¿Cuándo fue la última vez que había hecho una foto decente, una que de verdad fuera buena? A ver, sin suponerle demasiado

esfuerzo, sí que podía conseguir una que a la gente le gustara, pero ¿y esa capacidad para encontrar y capturar lo que hay más allá de todas esas capas? La había perdido. Del todo, y se sentía como si le faltara una parte del cuerpo. Hubo un tiempo en el que se convirtió en algo natural; se activaba en su visión periférica; era como un sexto sentido al que podía recurrir en cualquier momento. Una vieja gloria, así llamaban a la gente como él.

–Si te apetece dar un paseo, podemos ir primero al restaurante y después al cruce de Shibuya –le sugirió Gabe a la vez que la cogía del brazo y la guiaba por el camino.

Si comían rápido, podrían coger el metro allí y aun así tener tiempo de sobra para evitar la hora punta.

–¿Qué cruce es ese? –preguntó ella con cautela, como un cachorrito al que acaban de darle una patada.

Gabe se sintió aún peor al oír el tono de voz de Fiona. Sin embargo, notó un cosquilleo de anticipación al pensar que sería él quien le enseñaría uno de los lugares más emblemáticos de Tokio.

–Espera y verás –le dijo con una ligera sonrisa.

–Qué cruel –exclamó ella, poniendo los ojos en blanco.

A Gabe le dio un vuelco el corazón al oír esa respuesta. Un punto a su favor. Parecía que Fiona ya no le guardaba rencor.

–Lo sé. –Movi6 las cejas con la intención de hacerla reír–. Pero quiero ver qué cara pones al llegar –añadió, y tocó con los dedos la pequeña cámara Lumix que por costumbre se guardaba siempre en el bolsillo, aunque ya no quedaba ni rastro del deseo constante de llevársela a todos lados por si aparecía una buena oportunidad para usarla.

De repente, le vino un vago recuerdo a la mente y frunció el ceño. Hubo un momento, mientras ella se reía, que pensó que le resultaba familiar.

–¿Crees que me gustará? –le preguntó ella.

–Pues..., no estoy seguro de que «gustar» sea la palabra correcta, pero sin duda es algo que hay que ver una vez en la

vida. Hay muchísimas cosas que ver en Tokio. ¿Hay algo en concreto que te apetezca mucho visitar?

–Me gustaría ver las flores de cerezo, ir al monte Fuji, aunque sé que nos queda lejos, y a algún que otro santuario. –Fiona levantó los hombros–. Antes de venir estaba liadísima, así que no pude investigar todo lo que me hubiera gustado.

–Me habías dicho que tenías un blog, ¿no? –Antes, mientras la esperaba en una cafetería, había leído su solicitud y había visto sus fotos y su blog. No esperaba quedarse impresionado, pero así fue–. ¿Cómo es tener uno? Le he echado un vistazo. Pareces un culo inquieto.

Fiona sintió calor en las mejillas, pero soltó una pequeña carcajada.

–El blog creció... de la noche a la mañana. Empecé escribiendo sobre los lugares a los que quería ir y publicando las fotos que hacía cuando los visitaba, pero luego la gente comenzó a seguirme. Y las empresas de relaciones públicas empezaron a invitarme a viajes; incluso una vez fui de viaje de prensa a Copenhague. Ahora creo más contenido porque me piden que haga cosas nuevas. Digamos que mi blog es más bien como la página web de una revista. A veces les pido a mis seguidores que voten qué es lo siguiente que debería hacer. Fue idea de Avril, pero es verdad que así siento que ellos también forman parte de esto. –Su boca se curvó en una sonrisa–. A veces pienso que me odian..., pero, no sé, me animan a hacer cosas que, si no fuese por ellos, estoy segura de que nunca hubiera hecho. El mes pasado hice rapel en la torre de una iglesia para recaudar dinero para una obra benéfica y el mes anterior acabé conduciendo un Ferrari por el circuito de Silverstone, y al final no me pareció tan aterrador como me había imaginado; de hecho, fue divertido. Luego, en las últimas semanas, he estado tejiendo cestas y visité el castillo de Howard en Inglaterra. Ah, y aprendí a hacer pan de masa madre.

Gabe asintió.

–¿Y quién es Avril? ¿Tu hermana?

Fiona soltó un bufido.

—¿Qué? ¡No! Sería un insulto para ella. Es una presentadora de televisión de lo más glamurosa que conocí en ese viaje de prensa que hice a Copenhague y, por alguna razón que se me escapa, decidió que ella se encargaría de impulsar mi carrera. Tiene las ideas muy claras y tengo que reunirme con ella al menos una vez al mes. De hecho, en parte es culpa de ella que yo esté aquí. Si hubiera un premio a la más insistente, ella se lo llevaría sin tener que mover un dedo. —Se puso seria, y añadió—: Ella, ese viaje y mis amigas Kate y Eva son... Bueno, me ayudaron.

—¿Cómo?

Había una historia detrás y quería saber más sobre ella, así que siguió caminando a paso ligero, pero miraba de vez en cuando en su dirección para no acabar asustándola.

La risa de Fiona estaba llena de nerviosismo.

—Antes de ese viaje, yo... yo me aislaba, no quería saber nada del mundo real. Me refugiaba en las redes sociales en lugar de socializar con la gente cara a cara.

Gabe no dijo nada, quería que ella siguiera llenando el silencio de manera natural como lo hacía la mayoría. Esa técnica le había funcionado a lo largo de los años, sobre todo, cuando le hacía fotografías a alguien y quería conseguir captar su esencia; ese instante en el que uno baja la guardia y se abre. Si podía disparar justo en el momento exacto, esa fotografía se convertía en oro puro. Por suerte, gozaba de buenos reflejos.

A diferencia de la mayoría, Fiona no quiso dar más detalles. De hecho, se encerró en sí misma, como si contar aquella historia le hubiese hecho revivir momentos que no eran para nada felices.

—Lo siento, sé que no es asunto mío, pero es una técnica que utilizo para que las personas a las que fotografío se abran conmigo.

—A mí no me vas a hacer un retrato —le dijo ella con voz aguda—. De hecho, no me interesa lo más mínimo.

«Le gusta nadar a contracorriente», pensó Gabe, fascinado

por la forma en que Fiona se había encogido en su abrigo –una cosa horrible y peluda que debería estar en un contenedor– y había hundido los hombros. Aunque en ese momento deseó poder sacarle una foto, no lo hizo.

–Pues menuda novedad –comentó él, quitándole importancia–. Casi todos se mueren por que les saque una foto; de hecho, la mayoría de las veces, gratis. Y otros fantasean con convertirse en mi musa.

Al parecer, los fotógrafos también corren el riesgo de que se les acerque una grupi.

Fiona se enderezó un poco y sonrió de medio lado antes de decir:

–Yo no haría eso. Tiene que ser molesto.

–Un poco. Ya nadie quiere pagar por nada hoy en día: música, libros, arte, cine... Nada.

–Una de las desventajas que tiene internet, pero, en mi caso, me ha sido de mucha ayuda.

–Creo que no es solo eso lo que te ha hecho destacar. Hay miles de personas con blogs, así que tienes que ser verdaderamente buena en lo que haces. –A Gabe le molestó que ella respondiera con una mueca–. No hay nada peor que fingir modestia –le reprochó, y le irritó aún más que Fiona lo mirara fijamente–. ¿Qué? Sé lo que valgo y tú también deberías saberlo. Sobre todo, cuando estamos hablando de la forma en que uno se gana la vida.

–No finjo modestia ni quiero ser falsa ni nada de eso –replicó ella–. Hago lo que hago. Y tengo la suerte de que a la gente le guste y acabe siguiéndome porque quiere formar parte de ello.

–Pero tiene que haber algo en la manera que escribes o en las publicaciones que haces que despierte el interés de los demás. –Sus palabras hicieron que Fiona se volviera a encoger de hombros–. Tienes que confiar más en ti.

–Claro, como si fuera algo que uno coge de la estantería. –Se le quebró la voz–. ¡Anda, mira! Voy a coger un poquito de fe, una pizca de arrogancia y que no se me olvide una ración de

seguridad. Así de sencillo... –Las últimas palabras las dijo en un tono más bajo, como si se le hubieran escapado, y, una vez más, Gabe se sintió culpable.

El restaurante estaba lleno, pero Gabe avanzó, abriéndose paso entre la multitud para ocupar los dos últimos taburetes que quedaban frente a la cocina donde trabajaban un par de chefs.

–¿Has probado la tempura alguna vez? –preguntó él mientras Fiona se quitaba el abrigo y cogía un menú.

–No –dijo ella, paseando la mirada por el restaurante abarrotado y lleno de ruido.

Por encima del murmullo de la gente, Fiona oía el sonido del aceite calentándose y el tintineo de los utensilios que iban raspando el metal a medida que los cocineros lo preparaban todo a un ritmo vertiginoso.

–Entonces estás de suerte, aunque acabarás queriendo quedarte aquí para siempre.

–Ni siquiera sé lo que es la temp... temp... Bueno, como se llame eso.

–La tempura –la corrigió Gabe–. Básicamente es comida que se reboza y luego se fríe, pero la masa que utilizan no se parece en nada a la que uno hace en casa. Ya verás.

Fiona miró el menú, con la mente un poco aturdida. Todo estaba escrito en japonés y, por tanto, era incapaz de entenderlo. En la cocina, uno de los chefs estaba bañando algo crudo y casi translúcido en lo que supuso que debía ser esa masa blanca de la que hablaba Gabe.

–No te preocupes. –Gabe extendió la mano e hizo que Fiona dejara el menú en la mesa–. ¿Te gusta el marisco?

Ella asintió.

–Entonces déjame elegir a mí. La gastronomía japonesa se centra en la frescura y la sencillez de los ingredientes. Suelen hacer la compra a diario, para así asegurarse de que los productos estén lo más frescos posible –le explicó él.

Después, Gabe pidió algo en japonés y, en tan solo unos segundos, les sirvieron dos tazas humeantes de té verde.

—Madre mía, lo necesitaba —exclamó ella tras darle un sorbo al líquido un tanto indecisa.

El sabor refrescante y ligero del té, junto con la sensación de calor que le recorrió la garganta, consiguieron levantarle el ánimo a Fiona. De inmediato, se sintió renovada y, al mismo tiempo, a gusto, sobre todo, cuando puso las manos alrededor de la taza de cerámica de la misma forma que lo estaba haciendo Gabe.

El chef se detuvo frente a ellos y les mostró un plato tejido con bambú en el que había dos gambas crudas, vieiras, filetes de pescado pequeños y calamares; además de un poco de maíz dulce tierno, una rodaja de una verdura de aspecto extraño, berenjena y lo que Fiona supuso que eran champiñones.

Ella asintió y le sonrió al chef sin saber muy bien si debía o no coger el plato. Se le revolvió un poco el estómago al pensar en todo ese marisco crudo, pero antes de que pudiese hacer algo, Gabe habló en japonés y el hombre se llevó el plato.

—Vaya cara has puesto —bromeó Gabe mientras una camarera les traía un juego de pequeños platos de cerámica, cada uno de ellos con diferentes salsas y condimentos.

—Pensé que había que cogerlo.

—No, solo nos estaba mostrando la calidad del producto. ¿Te has dado cuenta de que no olía a pescado?

—Sí. —Ahora que lo había dicho, sí que se notaba la ausencia de olor.

—Eso quiere decir que el pescado es fresco. Y ahora nos lo va a cocinar. Fíjate en la masa que hay en ese recipiente. No es espesa y es casi translúcida.

Fiona observó cómo bañaba las vieiras en la masa y luego las echaba en una olla llena de aceite que estaba tan caliente que hasta salía humo. Con movimientos rápidos y ágiles, el chef sacó las vieiras doradas y crujientes, y, con una habilidad envidiable, les quitó el exceso de aceite con una especie de canasta.

Después, con un simple movimiento de muñeca, las dejó en unos pequeños platos ovalados que colocó justo delante de ellos. Más recién hecho, imposible.

Fiona tomó una buena bocanada de aire; veía perfectamente el fino brillo de aceite que aún burbujeaba por encima. Oía increíble y ya se le estaba haciendo la boca agua.

—Ahora tienes que echarles algo de esto —le aclaró Gabe, señalando una sal marina aromatizada con hierbas que parecían cristales blancos gruesos mezclados con trocitos verdes muy pequeñitos, además de otros condimentos—. Esto es sal sazónada, normalmente con hojas de bambú, y esto es *daikon* rallado. Es una especie de rábano que se mezcla con la salsa de soja para crear otra salsa. Pruébalo.

Fiona, en un intento fallido de utilizar los palillos, casi hizo que la pequeña vieira saliese volando.

—No son mi punto fuerte —confesó.

—Se necesita un poco de práctica —dijo Gabe, sonriendo—. No, así no. Deja que te ayude.

Le quitó los palillos y le rozó la piel sensible de la palma de la mano con el pulgar.

Fue algo íntimo e inesperado que hizo que Fiona sintiera una oleada de calor. Evitó mirarlo a toda costa y mantuvo la mirada fija en sus dedos.

—Relájate —dijo él con un tono de voz tranquilo.

Ella hizo de todo menos relajarse. Solo era piel sensible. Un cosquilleo de nada. Enderezó la espalda y se concentró en lo que él le estaba diciendo.

—Vale —pronunció él, y, con una mano cubriendo la de ella, volvió a colocarle el palillo superior entre el pulgar y los dedos índice y corazón—. Sujétalo como un bolígrafo, pero no pongas los dedos tan abajo, sino dos tercios más arriba. Ahora, sujeta el otro palillo con el dedo anular.

Fiona estaba desesperada por que Gabe le soltara la mano; quería dejar de sentir ese ridículo cosquilleo que le estaba recorriendo todo el cuerpo, así que movió los dedos y, al ins-



tante, se le cayó el palillo inferior. Se sonrojó. Tan torpe como de costumbre...

–Inténtalo otra vez. Se necesita tiempo para aprender a usarlos, pero, por suerte, disfrutar de la comida forma parte de la cultura japonesa, así que no se preocupan demasiado por los modales en la mesa.

Le dedicó una sonrisa para animarla, pero eso no hizo que Fiona dejara de sentirse avergonzada por ser tan patosa.

–Pues menos mal porque, si no, me moriría de hambre.

–No cuando estés conmigo.

Con un movimiento rápido y ágil, Gabe cogió una de las vieiras y se la acercó a Fiona a los labios.

Obediente, ella abrió la boca y dio un pequeño bocado que le supo a gloria.

–Madre del amor hermoso, esto está riquísimo. –La explosión de sabores hizo que se olvidara de que Gabe la había hecho sentir incómoda. Un gesto demasiado íntimo y personal. Por fuera, la masa estaba muy crujiente y fina, mientras que, por dentro, la vieira estaba tierna y jugosa, lo que le daba un sabor exquisito con un ligero toque dulce–. De las mejores cosas que he probado en mi vida. No pensé que me fueran a gustar las vieiras. ¿No son a veces difíciles de masticar?

Mientras tanto, Gabe ya había cogido una para él.

–No si están bien hechas, como estas. Ahora prueba una con el *daikon* rallado y la salsa de soja. Mezcla las dos cosas y luego mójalas.

Fiona consiguió coger una vieira después de perseguirla por todo el plato. Descubrió que el ansia por comer era un gran incentivo para mejorar las habilidades de una persona. Al pegarle un bocado, la mezcla de la salsa salada junto con el fresco ácido del rábano le crearon una increíble explosión de sabores en la boca y se le escapó un gemido involuntario.

En ese momento, el chef les sirvió un pequeño plato de gambas. Estaban muy jugosas y tiernas y, sin duda, eran las mejores gambas que Fiona había probado en su vida. A esto le siguió

el filete de pescado recubierto con una capa fina y crujiente que hacía que las texturas se complementaran a la perfección. Durante los siguientes quince minutos, probaron verduras que tenían el punto justo de crujiente, calamares que se derretían en la boca y varios tipos de champiñones muy tiernos.

–Estaba todo buenísimo –suspiró Fiona después de llevarse a los labios el último bocado de lo que había resultado ser raíz de loto. Sintió que se había quedado con la barriga llena, pero no como si estuviese a punto de reventar, sino como si hubiera comido exactamente la cantidad justa–. Pensé que solo habría *sushi*.

–Es lo que suelen pensar muchos. En realidad, el *sushi* se consume más en ocasiones especiales. Es como la carne asada para los británicos. Además, el *sushi* es mucho más que esas bandejas de plástico que uno se encuentra en la sección de comidas preparadas del supermercado.

Mientras Gabe hablaba, Fiona ya estaba dándole vueltas a la entrada que escribiría en su blog para contar cómo había sido su experiencia al probar la comida japonesa por primera vez.

Salieron del restaurante y Gabe la guio por la calle. A medida que se acercaban al centro de Shibuya y al famoso cruce, se notaba cada vez más la cantidad de gente que había.

–¡Vaya! –exclamó Fiona, y a Gabe se le escapó una sonrisa.

Era uno de los símbolos más míticos de Tokio. El enorme cruce conectaba las carreteras de doble sentido entre sí gracias a una serie de pasos de peatones. Además, estaba rodeado de unas inmensas vallas publicitarias de neón que se iluminaban con anuncios y nombres de marcas. Era una estampa con colores chillones, vibrantes y vivos que no dejaban para nada indiferente, aunque ya se hubiera visto cien veces antes. Al ver la cara de asombro de Fiona mientras miraba las pantallas, a Gabe le entraron ganas de coger la Lumix que llevaba en el bolsillo.

–Me siento como si estuviera en la película de *Blade Runner*.

–Fiona le dedicó a Gabe una pequeña mirada de frustración–. Ojalá hubiese traído mi cámara. Es perfecto para el blog. –En su lugar, sacó el móvil y se dedicó a tomar un montón de fotos–. Sin duda tengo que subirlo a Instagram.

Junto a ellos, había otros muchos turistas cautivados que también intentaban capturar las imágenes de colores brillantes que se transmitían a través de las pantallas gigantes colocadas en todas las superficies disponibles de los edificios situados alrededor de la concurrida intersección. Por experiencia, Gabe sabía que, sin el equipo adecuado, las fotos no saldrían bien. Sin embargo, dejó que Fiona las hiciera y observó la expresividad de su rostro: pensativo y absorto a medida que se iba moviendo.

Por primera vez en mucho tiempo, Gabe sintió ese gusanillo creativo, y eso lo intrigó y lo desconcertó a partes iguales. Quería sacarle una foto a Fiona para conseguir capturar todo ese entusiasmo sincero que desprendía.

–Vamos, no tenemos mucho tiempo. Deberíamos volver ya –le recordó él.

Gabe dio unos pasos hacia delante mientras ella se detenía para tomar una última foto con el móvil y, de repente, el semáforo cambió de color y una oleada de peatones cruzó la carretera, como una avalancha que se desplazaba a gran velocidad en dirección contraria. En un abrir y cerrar de ojos, Fiona, que estaba a su lado, desapareció entre la gente.

Arrastrada por la multitud, Fiona de repente se dio cuenta de lo abarrotado que estaba el cruce. Era peor que estar en Oxford Street en Nochebuena. A pesar de que era un poco más alta que la mayoría de las personas de por allí, no lograba ver nada por encima de la masa de gente. ¿Dónde estaba Gabe? Lo había perdido. No podía detenerse y buscarlo, era imposible; la empujaban de un lado a otro como si fuera un desecho flotando en el mar. Abriéndose paso entre la multitud, se esforzó por volver al lugar donde había visto a Gabe por última vez, pero no lograba encontrarlo y encima estaba

desorientada. Además, con el cambio constante de imágenes en la pantalla, no estaba segura de si se encontraba en la calle en la que habían estado antes. Había varias posibilidades en esa intersección abarrotada.

Estar rodeada de tantas personas le resultó asfixiante y se le hizo un nudo en la garganta. «No pasa nada –se tranquilizó a sí misma–, lo vas a encontrar». Pero cuando lo empezó a buscar entre la gente, se le revolvió el estómago. No había ni rastro de Gabe y no se habían intercambiado el número de teléfono, aunque eso en realidad era culpa de ella; no había querido pedírselo. No quería nada que le hiciera recordar lo que había pasado. «Menuda idiota», pensó. De todos modos, él ni se acordaba de quién era ella.

Unas pequeñas gotas de sudor le recorrieron la espalda. Entre toda esa gente, se estaba muriendo de calor y tuvo que desabrocharse el abrigo. ¿Sabía siquiera cómo volver a casa de Haruka? Tenía que llegar a Nippon, Nipple, algo así. A pesar de que Gabe le había dicho cómo se llamaba la estación en la que habían estado el día antes, no le salía aquel nombre nuevo. Ni tampoco el de la línea de metro en la que se habían montado. ¿Era Yamaha? Yama algo. ¿Sería capaz de dar con ella?

Era peor que aquella vez que, estando de vacaciones con su madre en Yorkshire, se había perdido en la playa de Scarborough. Al menos, allí sabía hablar el idioma y la simpática señora que la había encontrado había llamado a la policía. Había sentido un miedo horroroso, pero al menos, en esa ocasión, había sabido qué hacer. Intentó apartarse de la multitud y se apoyó en un escaparate, con la respiración entrecortada. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Quería volver a su casa, a un entorno seguro que le resultara familiar. Japón era el lugar más extraño y diferente en el que había estado. Por un instante, deseó no haber venido y, sin saber qué hacer, se metió las manos en los bolsillos, refugiándose en su abrigo. Tocó con los dedos su pase de tren y el pequeño *netsuke*. Frotó la superficie lisa para tratar de tranquilizarse. Su padre no había

llegado a su edad –había muerto de una enfermedad cardíaca no diagnosticada– y pensar en eso hizo que recordara que se suponía que esto iba a ser una gran oportunidad para ella. Un viaje que solo haría una vez en la vida. Tenía que calmarse y pedir ayuda.

Nadie se fijaba en ella. Todos caminaban a paso apresurado, con la cabeza gacha y un objetivo claro. Había bastantes turistas occidentales, pero no le serviría de nada preguntarles a ellos si ni siquiera sabía a qué estación tenía que dirigirse. De repente, recordó que Gabe le había dicho que era una línea circular. Además, sabía que el nombre empezaba por «Yama». Algo era algo. Con las piernas temblorosas, cruzó la calle hacia la estación, zarandeada por la creciente marea de trabajadores que regresaban a sus casas.

Por encima de las barreras donde había que presentar el billete había una gran cantidad de señales, líneas de colores y números. Y entonces la vio. Verde. Yamanote. Así se llamaba. La invadió una sensación de alivio y pasó por la barrera correcta con su pase de tren en la mano. No tenía ni idea de a qué andén debía dirigirse, pero, dado que la línea era circular, se quedaría quieta hasta que, con suerte, le sonara el nombre de alguna parada. Apretó los dientes y tomó una decisión, a la vez que se arrepentía por centésima vez de haber ido a Japón.

En el andén que eligió ya había bastantes personas esperando, todas ellas apretujadas unas contra otras en una fila ordenada. El silencio que reinaba le resultaba violento, como si todos se estuviesen preparando para entrar en combate en cuanto llegara el metro. Apenas habían pasado treinta segundos cuando el vehículo entró en la estación con gran estruendo y, antes de que se detuviera, todos se lanzaron hacia delante con un ansia que parecía desafiar la muerte.

Cuando se abrieron las puertas, Fiona apenas tocó el suelo con los pies, como cuando los músicos se lanzaban sobre el público, y se puso nerviosa. Aunque hubiera querido, le habría resultado imposible cambiar de dirección. De alguna manera,

la arrastraron hacia delante y quedó atrapada entre varias personas que la mantenían en pie. Al borde de las lágrimas, otra vez, miró con los ojos vidriosos el mapa que había en la pared del vagón e intentó distinguir los nombres que le resultaban impronunciados. «Shinjuku», «Takadanobaba», «Ikebukuro». Todos le sonaban como si fueran lugares de una galaxia muy, pero que muy lejana. «Nishi, Nippori. Nippori», recordó. Así se llamaba. De repente, se le aceleró el corazón por la emoción. Nippori. Menos mal. El alivio que sintió hizo que se tranquilizara a pesar de estar completamente apretujada.

Cuando llegó a Nippori, ya ni le importaba si era o no la parada correcta, solo quería salir de entre la sofocante multitud. Cansada, bajó del vagón con dificultad y con el deseo de coger el siguiente vuelo que la llevase de regreso a su casa. Ese lugar era extraño, inhóspito y claustrofóbico, y ahora, para colmo, llovía a cántaros. Lo único positivo que pudo sacar de todo eso era que al menos reconocía el pequeño desfile de quioscos que había enfrente de la estación y sabía adónde tenía que ir. O al menos eso esperaba.